

Los tiempos de la educación

A lo largo de la historia los seres humanos han sufrido discriminaciones que pretendían disgregar la riqueza de la naturaleza humana para finalmente masificarla conforme a modelos estereotipados.

Por el contrario, la aceptación de la igualdad humana esencial en el orden predicamental permite las variaciones singulares.

La participación de la misma esencia implica y trasciende la relación entre lo natural y lo cultural, lo actualizado y lo potencial, lo sano y lo enfermo, lo bueno y lo malo. Cada hombre vive estas cualidades de manera peculiar. Numerosas circunstancias inciden en su disposición a realizar su esencia.

Para ello el hombre puede y necesita ser educado.

El desarrollo de hábitos especificados y unificados por el fin bueno de toda la persona constituye el proceso educativo y permite la mejor conformación de su identidad.

Alcanzar la plenitud implica atender las exigencias temporales de su naturaleza, dado que el perfeccionamiento de las potencialidades se atiene al ritmo y las vicisitudes individuales. Los tiempos de la educación están ligados al tema de la identidad, los hábitos, las virtudes y por ende a la libertad del hombre.

Tiempo, hábitos e identidad

S.Tomás afirma repetidamente: “la naturaleza no da saltos”. El crecimiento humano es gradual y requiere no sólo de tiempo externo sino interno. Renuncias, privaciones y nuevas adquisiciones, permanencia y tensión hacia el futuro forjan el devenir humano. Acto tras acto, el hombre construye su historia, entramada de vivencias.

El tiempo impregna la vida humana de tal modo, que se conforma una identidad histórica, resultado de la configuración existencial.

La identidad del hombre implica el despliegue concreto y temporal de sus potencialidades. Las capacidades con que nace el hombre deben ser actualizadas mediante hábitos que le permitan obrar de un determinado modo y con cierta estabilidad. Los hábitos se distinguen según sus objetos y principios activos (potencias) y en orden a la naturaleza. Según sean conformes o no a ella¹, serán específicamente distintos el hábito bueno y el hábito malo.

Las virtudes morales son hábitos buenos y principios operativos del bien². No sólo dan una capacidad sino inclinan a realizar determinados actos³. Las virtudes morales no son

¹ Cfr. **S.Th.** I-II q.49 a.4; **S.Th.** I-II q.54 a.1.

² Cfr. **S.Th.** I-II q.55 a.3.

³ Cfr. **S.Th.** I-II q.57 a.1

ni naturales ni antinaturales, sin embargo permiten una cierta inclinación al modo de naturaleza⁴.

Ligados al tiempo en virtud de los actos sucesivos que los originan, los distintos hábitos implican una vivencia distinta de los tiempos, según sean hábitos buenos o malos. Las virtudes integran adecuadamente pasado, presente y futuro, a diferencia de los vicios que sujetan las vivencias al presente, no reconociendo ni el pasado ni el futuro como tales.

Los tiempos de la prudencia

Este equilibrio temporal se manifiesta en el desarrollo que S.Tomás hace de la prudencia y los vicios opuestos.

S.Tomás da a la prudencia una importancia fundamental: la considera la virtud más necesaria para el hombre⁵. Esto forma parte de su concepción unitaria del hombre que se perfecciona en el devenir⁶.

Verdadera y perfecta prudencia es aquella que delibera, juzga y ordena rectamente en vista del fin bueno de toda la vida humana⁷.

En el obrar prudente se encuentran vivencias referidas al pasado, al presente y al futuro: el hombre asume el pasado, ubicado en el presente se encamina al futuro como horizonte de su proyecto.

La conjunción de las dos dimensiones de la prudencia, una **cognoscitiva** y otra **imperativa**, permiten obrar bien aquí y ahora teniendo presente el fin bueno de toda la persona. Imposible hablar de prudencia sin que este fin oriente y dé sentido a la acción a realizar.

El fin propuesto es real porque mueve a la persona. Sin embargo se dará efectivamente en un futuro más o menos remoto según sea vivido el presente. El futuro se manifiesta en la presencia del fin que atrae y da consistencia a la acción particular. De lo contrario ese fin puede convertirse en la utopía que desarraiga al hombre de aquello que puede disponer de manera inmediata: su presente. Pues, si bien la memoria da una posesión particular del pasado, los hechos son irreversibles, y una vez ocurridos, adquieren cierta necesidad⁸.

El actuar prudente requiere de conocimiento y discernimiento: aceptar el pasado, captar las circunstancias actuales y anticipar el futuro a partir de la comparación con el presente o el pasado.

⁴ Afirma S.TOMÁS: "...Et ideo in his quae sunt secundum naturam et in iis quae sunt contra naturam consuetudo nihil facit. Cuius ratio est, quia virtus moralis pertinet ad appetitum, qui operatur secundum quod movetur a bono apprehenso. Et ideo simul cum hoc quod multoties moveatur a suo obiecto. Et ex hoc consequitur quamdam naturalem inclinationem ad modum naturae, sicut etiam multae guttae cadentes lapidem cavant..." (In decem libros Ethicorum Aristotelis ad Nicomachum expositio, Marietti, Italia, 1964, L.II, l.1 n.248 y ss.).

⁵ S.Th. I-II q.57 a.5

⁶ Cfr. S.Th. II-II q.47 y ss.

⁷ S.Th. II-II q.47 a.13. Remito en particular a mi trabajo sobre "La Prudencia y sus consecuencias para la educación del adolescente" presentado al CONICET, Buenos Aires, 1981.

⁸ "Praeterita in necessitatem quamdam transeunt: quia impossibile est non esse quod factum esset" (S.Th. II-II q.49 a.6).

M. Gutiérrez Berisso

De allí la necesidad de la memoria que reconoce el pasado. Es necesario conocer lo sucedido para ordenar la propia vida y la vida en sociedad.

Por otra parte, la docilidad, parte cuasi integral de la prudencia, manifiesta la apertura a otras experiencias humanas. Es dócil quien tiene una cierta capacidad de escuchar lo que otro le puede decir, y acepta con responsabilidad la autoridad del que puede aconsejar dada su experiencia y sabiduría.

La deliberación de los medios en relación al fin exige tiempo, pero no puede extenderse al infinito porque hay un momento oportuno para actuar. Atento a la situación concreta, el prudente no se refugia en una consideración indefinida de distintas alternativas, con la que evita el presente y no actúa. La prudencia no es sólo deliberativa sino realizadora: se ordena a la acción.

Por otra parte el actuar prudente considera el porvenir y las consecuencias de una acción. La providencia, la previsión señalan por tanto la anticipación del futuro. La prudencia supera así el hiato entre la inmutabilidad de las normas morales y fines y la variabilidad de los actos y las circunstancias que los rodean.

Dada la conexión de las virtudes, ser prudente implica la presencia de las otras virtudes morales⁹. Es necesario una voluntad recta y pasiones ordenadas por la fortaleza y la templanza. Las pasiones humanas en particular la esperanza, desesperanza, miedo, ira, así como el deseo y la aversión manifiestan la temporalidad humana. Lo bueno y lo malo, lo placentero o displacentero son vividos como actuales, futuros o pasados. Reflejo de la situación humana ante diversos acontecimientos, las pasiones pueden ser orientadas por virtudes o vicios, al ser integradas a la dimensión espiritual, inteligente y libre.

De este modo la vivencia temporal prudente y fuerte se opone al acto no premeditado, originado en una impulsividad irracional, propia de la temeridad.

La actitud de fortaleza permite enfrentar las dificultades presentes y futuras contando con la experiencia como fuente de equilibrio emocional, impidiendo que el miedo altere el juicio prudencial.

Pero la acción presente no se desliga del pasado; por el contrario adquiere fuerzas también de las experiencias, si son asumidas responsablemente y no determinísticamente, como si lo ocurrido hubiera sido inevitable y marcara rígidamente un único camino a seguir. Por el contrario la experiencia permite comparar y superar lo que se presenta como arduo.

Así el pasado condiciona pero puede ser ocasión de profundización y apertura a nuevas posibilidades.

Por todo esto entiendo que el proceso educativo necesita atender los tiempos del hombre, para discernir y apreciar lo esperable en un momento dado. Las imposiciones, externas o internas, que buscan la generalización obviando las diferencias individuales, no permiten madurar; crean en todo caso mecanismos de repetición y/ o adaptación de relativa duración, que depende de la fuerza del estímulo a que es sometido el hombre.

⁹ **In L.VI eth Nic.** Lect.9 n° 1274.

Pero más allá de que perfeccionen o no al hombre, la presencia de hábitos no genera un determinismo en el ser humano. Tampoco las virtudes que reiteran actos semejantes y aún superiores son absolutamente fijas. La potencia modificada por un hábito puede pasar a serlo por uno contrario.

Libertad y temporalidad

Ciertamente las potencias operativas se orientan naturalmente hacia sus objetos propios, pero en cuanto pueden ser guiadas por la inteligencia y la voluntad libre, los respectivos actos participan de una cierta indeterminación frente a los objetos particulares, lo cual es particularmente significativo en el orden moral.

Diversos factores condicionan el obrar humano pero para comprenderlo es preciso considerar la presencia originaria de la libertad. Sin ella la virtud no sería posible ni tendría sentido¹⁰.

Como capacidad espiritual de autodeterminación, la libertad rompe la monotonía de secuencias ligadas a la materia. Por ello no son suficientes los “refuerzos operantes” ni “la compulsión a la repetición” para determinar unívocamente el actuar humano responsable, que implica el concurso del intelecto y de la voluntad.

Ni siquiera ciertos actos realizados en libertad configuran al hombre de modo inalterable. En un momento puede preferir una cosa y postergar otra, y está en sus manos la posibilidad contraria.

La temporalidad es un factor constitutivo del hombre, que pone en evidencia versatilidad y su finitud.

Ente por participación tanto en el orden trascendental como predicamental, el hombre vive su condición ontológica en el tiempo. Como su esencia no se identifica con el acto de ser, el ser humano es limitado y deviene. Sólo en Dios su esencia es su ser y su actuar. En el hombre el actuar deriva de su ser y no se identifican.

Factores temporales, por inestables e inciertos, pueden impedirle no sólo alcanzar ciertas cosas sino gozar de los logros obtenidos.

Pero, en razón de su espiritualidad, el reconocimiento de los límites alcanzados le permite superarlos. Lo contrario implicaría un repliegue de sus fuerzas y por ende un retroceso. Paradójicamente aceptar los confines implica ir más allá de los mismos.

La temporalidad se manifiesta en estados de esperanza, ansia pero también de miedo, angustia.

Surge la nostalgia, el dolor originado por el recuerdo. En este sentido cabe preguntarse si el recuerdo es algo que el ser humano posee o que ha perdido. La respuesta a esta pregunta marca aspectos diferentes de cómo puede vivir el hombre. Si el recuerdo es algo que la persona tiene, en cierto modo lo constituye; entonces el tiempo vivido es una manifestación de sí mismo y de sus relaciones con los otros. Y en ese sentido es susceptible de resignificación.

¹⁰ Cfr. C.FABRO, Essere e libertà, Perugia, 1967.

Por ello, más allá de las variaciones e inestabilidad que la temporalidad impone, es posible considerar cuál riqueza otorga. En la medida en que el hombre se hace cargo de sus tiempos a través de su dimensión espiritual, su vida adquiere nuevos significados. El riesgo y la búsqueda, la posibilidad de éxito o fracaso cualifican la existencia humana. El hombre es un peregrino, un ser zigzagueante: a veces juega en moradas que ilusiona permanentes pero cuya fugacidad también percibe. La intuición de un horizonte infinito que lo atrae inexorablemente es fuente de inquietud que la sujeción al presente no resuelve.

El tiempo abre paso a lo imprevisto, contingente: aparece el mundo de lo probable y aún de lo posible. Sólo el origen de la vida y la muerte emergen de la secuencia temporal. Conciérne al hombre distinguir los grados de certeza a alcanzar en los distintos ámbitos y buscar una seguridad apropiada a cada asunto. La certeza prudencial referida a lo contingente singular no excluye toda preocupación que, por el contrario, puede ser aumentada por un temor y una desconfianza excesivos. S. Tomás señala que el prudente confía en lo que debe confiar y respecto de ellas no se preocupa superflamente¹¹.

Sin embargo una actitud racionalista, basada en ideas desligadas de la realidad, intenta el dominio de sí y del mundo ignorando el tiempo. Con dificultad acepta lo paulatino. Si hay cambios, éstos deben ser inmediatos. El transcurrir del hombre y de la realidad es tolerado siempre y cuando lleve a un progreso ineludible y certero. La historia humana desmiente esta utopía y da pruebas de los estragos que esta actitud produce en el orden educativo.

Tanto es así que problemas que aquejan al hombre contemporáneo pueden ser rastreados en épocas anteriores, si bien algunos son acentuados por los medios técnicos a su disposición¹².

El progreso iluminista es una ilusión, tanto en el orden personal como comunitario.

Verdadera es para cada hombre la presencia de un camino arduo, incierto que suscita esperanzas y desesperanzas, inquietud y misterio. Frente a ello la razón humana se detiene.

La fe en cambio avanza y por ella el hombre participa de algún modo en la quietud perfecta de la vida divina. La gracia santificante eleva al hombre al modo de ser y de obrar propios de Dios¹³ y así en su actuar temporal el hombre participa incoativamente de la eternidad de Dios, en particular en orden a su Providencia. Dios sostiene a la creatura humana y le permite colaborar activamente en su propia realización y en la de otros seres. S. Tomás señala que no por insuficiencia sino en razón de su sabiduría Dios dispuso participar su causalidad a las creaturas, lo cual se aplica de modo especial a los hombres¹⁴.

¹¹ Cfr. **S.Th.** II-II q. 47, a.9 ad 3.

¹² Cfr. G. REALE, "**La sabiduría antigua. Tratamiento para los males del hombre contemporáneo**". Rialp, Madrid, 1996.

¹³ Cfr. M.SÁNCHEZ SORONDO, "**La gracia como participación de la vida divina**", Salamanca, U.P., 1979.

¹⁴ "**Causalitas divinae voluntatis non excludit omnes causas proximas rerum; nec hoc est ex insufficientia voluntatis, sed ex ordine sapientiae eius quae effectus mediantibus aliis causis**

M.Gutiérrez Berisso

De modo que la temporalidad humana no es mera sucesión, ni un camino que conduce a la muerte inexorable, sino comienzo y preparación de eternidad. El hombre puede participar de la Providencia eterna de Dios, que ordena todas las cosas, cada una según su condición y las dispone “suavemente”¹⁵.

Esta suavidad caracteriza la educación que respeta al hombre y no lo distrae del tiempo oportuno.

Así un verdadero proceso educativo, atento a las exigencias de cada hombre, le permite alcanzar su identidad histórica, basada en la secuencia temporal.

La educación por una parte está ligada al tiempo, pero, por otro, manifiesta la dimensión espiritual del hombre, la transformación virtuosa de sus vivencias temporales y la posibilidad de resignificar lo vivido.

El hombre trasciende el horizonte temporal y accede no sólo a la dimensión inmortal sino por gracia de Dios está llamado a participar de su eternidad providente.

Dra. M. Carmen Gutiérrez Berisso

provenire disposuit, ut sic etiam causandi dignitas creaturis commnicaretur” (In I Sent. d.45 q.1, a.3 ad 4.)

¹⁵ “Deus omnia suaviter disponit: quia unaquaeque res ex natura sibi divinitus indita tendit in id ad quod per divinam providentiam ordinatur secundum exigentiam impressionis receptae...” (In IV Sent. d.49, q.1 a.3 Sol.1 ; también, Quaestiones Disputatae De Caritate. Vol.II. a.1: “...Sicut Deus movet omnia ad suas actiones, ad quas tamen inclinatur ex propriis formis. Et inde est quod omnia suaviter disponit, quia omnibus dat formas et virtutes inclinantes in id ad quod ipse movet, ut in illud tendant non coacte, sed quasi sponte ...”